

Sara Astica: El valor de la consecuencia

Tenía sólo veinte años cuando hizo su debut teatral, y yo era un muchacho cuando la vi actuar en el Teatro Maru, de la Compañía de Américo Vargas y Pury Dante, haciendo obras de Casona y Miguel Mihura.

Destacaba por su belleza, su economía actoral, su voz cálida y expresiva y, sin lugar a dudas, por un natural encanto escénico, eso que los españoles llaman “ángel”.

Sarita y yo ingresamos invitados oficialmente a la planta de actores del Teatro de Ensayo de la UC en enero de 1963. Fui su hermano en *Árbol viejo*, de Acevedo Hernández, su cómplice en *El avaro*, de Molière y su falso ayudante en *Mucho ruido y pocas nueces*, de Shakespeare. En 1964 hicimos juntos *El wurlitzer*, de Juan Guzmán, *Tengo ganas de dejarme barba*, de David Benavente y *El tony chico*, de Luis Alberto Heiremans, obra en la que su esposo, Marcelo Gaete –un actor formidable–, interpretó el rol protagónico. Tan fuertes e impactantes fueron los sucesos acontecidos antes del estreno, que Sarita y Marcelo llamaron Luis Alberto a su hijo recién nacido, en homenaje al autor de la obra, fallecido dos días antes del estreno.

Giramos con el Teatro de Ensayo, junto a Sarita y Marcelo, por todo Chile haciendo *La pérgola de las flores*. En cierta oportunidad en que la protagonista de ojos calipso amenazaba con suspender la función por una repentina enfermedad, vi a Sarita ensayando el rol de Carmela en el hall del hotel, en Linares, hasta que la titular se recuperó milagrosamente ante la noticia que sería reemplazada.

Juntos hicimos giras a Argentina, México y Perú. Con Marcelo, hicimos una película en Punta Arenas, la que afortunadamente nunca se estrenó. Sarita, por su parte, recibió el Laurel de Oro por su magnífica interpretación en la película *Valparaíso mi amor*, de Aldo Francia.

Actuamos también en *Casimiro Vico Primer Actor*, de Armando Moock, *Locos de verano*, de Gregorio de La Ferrere, *La moratoria*, de Jorge Andrade, *La niña en la palomera*, de Fernando Cuadra y en *Topografía de un desnudo*, de Jorge Díaz. A comienzos de 1968, se terminó la planta de actores del Teatro de Ensayo, pero Sarita siguió actuando con nosotros en el Centro de Teatro en la nueva Escuela de Artes de la Comunicación desde 1971, en *Paraíso para uno*, de Alfonso Alcade y en *Álzame en tus brazos*, de Armando Moock. La dirigí en *La gotera del comedor*, de Jacobo Langsner. Jaime Vadell hizo lo suyo en *Tres de última*, del uruguayo Alberto Paredes. Volvimos a compartir escenario en *Croniteatro*, de Fernando Cuadra.

En 1972, fue mi madre en la mítica teleserie *La sal del desierto*, de Sieveking, y el 7 de septiembre de 1973 estrenábamos en el Camilo Henríquez,



Sara Astica

entre bombazos, miguelitos y apagones, *Almas perdidas*, de Acevedo Hernández. La obra bajó de cartelera después del Golpe de Estado del día once, y solo se pudo reestablecer, con algunos cortes de censura, a comienzos de octubre.

Así fue como, por más de diez años, fuimos colegas, amigos y compinches.

En una ocasión, me dijo textualmente: “Ramón, para mí, la política es mi religión”. Esa profesión de fe, unida a su militancia política, a su absoluto compromiso social, a su lucha diaria por reestablecer la verdad y la dignidad de los seres humanos, la hicieron blanco fácil de la DINA, el siniestro organismo oficial del nuevo régimen chileno, con permiso para arrestar, torturar y eliminar sin contemplación a cualquier “sospechoso” de disentir de las nuevas políticas impuestas por el valor de las armas.

El matrimonio Gaete Astica y dos de sus cuatro hijos fueron detenidos en

octubre de 1974 por la delación de una vecina. Marcelo estuvo detenido junto a su hijo primogénito por cerca de veinte días; Sarita y su hija mayor fueron llevadas hasta el tristemente célebre centro de detención de la DINA de José Domingo Cañas, luego fueron separadas. Ocasionalmente, Sarita escuchaba la voz de su hija, luego dejó de hacerlo. Más tarde, la niña fue liberada, pero de Sarita, la esposa, madre y actriz, no volvió a saberse. En las listas no figuraba como detenida, pero mentían una vez más: Sara estaba en Villa Grimaldi, ese infierno creado y administrado por las diabólicas mentes de la dictadura. Allí fue vejada, humillada y torturada en forma brutal y sistemática, hasta hacerle perder la dentadura y fracturarle la cadera. Solo dos meses antes de liberarla la dieron por detenida. En mayo de 1975, con veinte kilos menos, Sarita fue enviada de Villa Grimaldi al aeropuerto para embarcarse a Costa Rica junto a su esposo y sus cinco hijos. Era un cadáver que cojeaba.

En San José, Bélgica Castro y Alejandro Sieveking los recibieron en su casa durante los primeros meses. Habían llegado con US\$50 por todo capital; el resto lo constituían su fortaleza, su voluntad de vivir y su infinita capacidad de amar. Costa Rica los acogió y protegió con fraternal cariño, como ya lo había hecho con muchos otros chilenos, entre ellos, actores y actrices. Más tarde, se ubicaron en un barrio conocido como “el pequeño Chile”, en un departamento estrecho, pero luminoso. Comenzaron a ganarse la vida

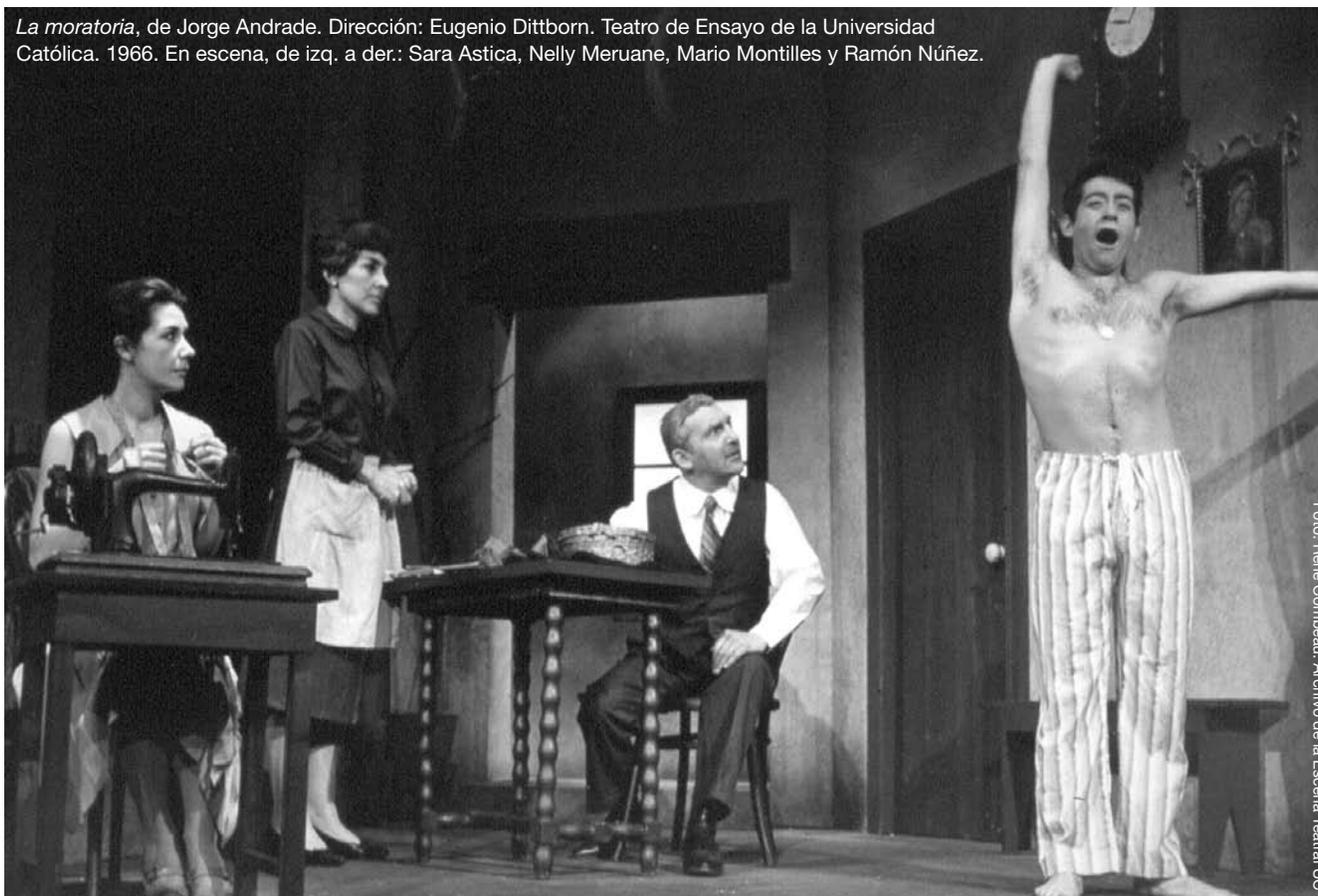
haciendo empanadas y dulces chilenos.

Una de las muchas cualidades que adornaban a Sarita era su natural cordialidad, su solidaridad con los desposeídos, su compromiso social y su amor por su familia. Sarita se transformó en una especie de cónsul honorario y, con cariño, ternura y una especial disposición, acogía en su casa a los colegas y amigos chilenos en general y a los más necesitados en particular.

Su entrada en el mundo del espectáculo costarricense no les fue fácil.

Marcelo vendía diccionarios y enciclopedias puerta a puerta. Sarita encontró trabajo en un colegio de orientación artística, lavando,

La moratoria, de Jorge Andrade. Dirección: Eugenio Dittborn. Teatro de Ensayo de la Universidad Católica. 1966. En escena, de izq. a der.: Sara Astica, Nelly Meruane, Mario Monttilles y Ramón Núñez.



planchando y remendando el vestuario que se usaba en las producciones escénicas del colegio. Luego obtuvo el puesto de boletería en el Teatro Nacional de Costa Rica. Allí, y ya que faltaba una actriz para un rol secundario de *Maria Estuardo*, de Schiller, los actores chilenos del reparto insistieron que le hicieran una prueba a Sarita. Obtuvo el rol, y ese año ganó el Premio Nacional de Teatro como la mejor actriz secundaria. Marcelo, también, tras muchos intentos, obtuvo un rol protagónico en una obra que le valió la admiración del público costarricense.

De ahí en adelante, Sarita hizo clases en la universidad, y la pareja actuó en radio, cine y televisión. Ella era la voz estable de Radio Netherlands en un programa de niños y en un radioteatro; en cine, la llamaron para hacer tres películas. Marcelo también hizo televisión y cine. Fue una estrella. Ganó mucha plata... y la perdió toda. Actuaron juntos y separados en varias compañías, incluida el Teatro del Ángel, que Alejandro y Bélgica refundaron en San José. Las temporadas de teatro, como las entendemos en Chile, no existían allá y las obras no duraban en cartelera; a veces, los teatros permanecían vacíos largo tiempo.

Ellos soñaban con un teatro propio, pero eso estaba lejos de sus posibilidades económicas, hasta que un socio capitalista hizo construir un pequeño y hermoso teatro para unos cincuenta espectadores. En 1977, fundan el grupo teatral Surco, el que se mantuvo hasta el 2002, realizando temporadas en San José de Costa Rica y giras por Norte, Centro y Sur América. El edificio teatral al que Marcelo llamaba "mi teatro", pero que en realidad no era suyo, se constituyó en el motivo de vida del núcleo familiar. En ese teatro La Comedia mostraron las mejores obras de su repertorio. Sara participó como actriz, productora o directora en cerca de sesenta obras y ganó numerosos premios.

En 1987, se levantó la prohibición que les impedía volver a Chile. Vieron varias veces. En cada visita estuvimos juntos y, a nombre del Teatro de la Universidad Católica, les entregué el trofeo que se habían adjudicado en reconocimiento a su participación en nuestra institución cuando nuestro teatro cumplió 40 años. Les regalé el texto de *Sarah Bernhardt*, el que ellos pusieron en escena con particular éxito. Su teatro Surco estuvo seis meses de gira por Chile mostrando su talento e histrionismo en la Sala Dittborn del TEUC en Santiago, en Viña del Mar, en Talca, etc.

Fue aquella época aparentemente feliz, pero Sarita ya tenía el corazón dividido. Aquí gozaba de la belleza de las cosas simples, pero después de un tiempo, empezaba a sentirse incomoda. "Este ya no es mi país", confesaba con amargura, "ya no hay nadie aquí que...". Y agregaba "Ahora mi vida es Costa Rica". Allá tenía un teatro, al que consideraban como propio, pero que, aún cuando el público les era fiel, no pudieron financiar. Sarita intentó conseguir otra sala que les diera mejores condiciones económicas, pero el socio capitalista en represalia les cerró el teatro con un estreno ad portas im-

pidiéndoles el ingreso. Tras fatigosas gestiones judiciales les permitieron retirar sus pertenencias, pero tuvieron que pagarle una indemnización y eso significó hipotecar la casa. Quedaron prácticamente en la calle. Fue un golpe tan fuerte, que Marcelo no pudo recuperarse jamás. Vino a Chile a protagonizar una teleserie que no pudo terminar. Los hijos crecieron, se independizaron y emigraron.

El 18 de septiembre era una fiesta que se celebraba en grande en la casa de los Gaete Astica: se ponía bandera chilena, preparaban empanadas y asado, era una auténtica fonda chilena, pero en el 2005, la celebración tenía un rictus de tristeza. A Marcelo le habían diagnosticado un cáncer óseo y falleció al mes siguiente. Sarita se quedó sin piso, sin techo, sin nada: Marcelo era el motor que la mantenía viva. Con una enorme depresión y luego de un chequeo, se le diagnosticó cáncer. Personalmente se encargó de todos los detalles relacionados con su próximo deceso y realizó acuerdos legales para asegurar el bienestar de su hija menor.

Sarita volvió a Chile a comienzos del 2007. Me dijo: "Ya que no pude vivir en mi país, al menos vengo a morir en él". Falleció en Santiago, el 22 de marzo, a los 71 años, acompañada hasta el final de sus amigos, hijos, familiares y colegas, que la aplaudimos con reconocimiento y dolor. ●

Ramón Núñez V.
Actor y director
Profesor Titular
Escuela de Teatro UC